

La

Justo Arroyo

Gayola



EDITORES:

LIBRERIA CULTURAL
PANAMENA, S. A.

1972

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

DEDOS, novela, Editorial Novaro, México.

DEJANDO ATRAS AL HOMBRE DE CELOFAN,
novela, Premio Ricardo Miró, 1971.

La portada es de Richards

Justo Arroyo

**LA
GAYOLA**

(Premio en los Juegos Florales de Guatemala, 1966)

Panamá, 1972

Segunda Edición

Prólogo

A la luz de la cosa que ha escrito Justo Arroyo puede hacerse una meditación para rastrear un tema muy esquivo. Esta meditación, a su vez, alumbra determinados aspectos de la obra que conviene destacar. La obra de Justo Arroyo, independientemente de lo que diga, si es que dice algo, da mucho que decir. Y esta es justamente la forma más artera y eficaz, descubierta hace muchos siglos por un griego, de decir: no diciendo nada, dando que decir.

La meditación merodea en torno a la clásica cuestión: ¿Qué es? ¿Novela? ¿Cuento? ¿Narración? ¿Dónde ponerla en el estante de los libros? Y, sobre todo, ¿con qué metro medirla?

Siempre he creído que la división de la literatura en géneros es muy conveniente: Le da al creador la posibilidad de infringir las leyes y estatutos que gobiernan esa región literaria que ha decidido poblar. Esto lo obliga al exilio y al desamparo, y en consecuencia a la libertad y a la posibilidad del descubrimiento.

Me habría gustado que la cosa que ha escrito Justo Arroyo estuviese desamparada de las leyes que protegen los diferentes géneros literarios. El hecho, sin embargo, es que está perfectamente a paz y salvo con un género determinado: la novela.

Como tiene pocas páginas, aprovecho la ocasión para justificar esta clasificación señalando ciertas características que la novela tiene, en contraposición al cuento.

Rogelio Sinán, (por lo visto no hay forma de decir nada interesante sin tener que citarlo), ha dicho: "Cuento es la primera persona del verbo contar: yo cuento..." Ahora bien, contar, en su sentido básico, es ordenar las cosas, una después de la otra, 1, 2, 3, 4, ..., haciéndolas corresponder a los dedos o guijarros. Lo importante de esta operación de contar, (en el sentido básico que investigamos), es que entre cosa y cosa que se cuenta, no hay nada: Un libro, dos libros, tres libros... Pero entre dos y tres libros no hay la mitad de un libro, ni la cuarta parte de un libro. Entre un dedo y otro dedo con que contamos, no hay un dedo y medio. Contar, pues, es ordenar las cosas o acontecimientos que se cuentan de forma tal que entre cosa y cosa no haya nada. Quien cuenta tiene que considerar las cosas en bloque, no las puede partir.

A la operación de poner las cosas juntas, de juntarlas, se la llama en griego "síntesis", y en latín, "composición". Un cuento es una composición, una síntesis, un ordenamiento en bloque. Esto no quiere decir que un cuento debe tener pocas páginas. La capacidad de contar no está limitada a los diez dedos. Los números naturales, que son aquellos con los que se cuenta, son infi-

nitos. No tienen por qué terminar nunca. Un cuento termina cuando se ha hecho obvia la secuencia, el ritmo que se sigue. Por ejemplo, si digo, 2, 4, 8, 16, 32, ..., puedo dar por terminada esa cuenta. Se sabe que después viene el 64, y después el 128, etc...

Antes de seguir adelante, quiero hacer una advertencia. No estoy dando una definición del cuento. No estoy identificándolo con la operación aritmética de contar. Sencillamente señalo la analogía porque sospecho que las dos cosas: contar un montón de bloques y contar un cuento, proceden ambas de una misma actitud humana que se fenomeniza o brota en dos partes distintas: la aritmética y la literatura. Hecha esta aclaración para poner en su sitio al cazador de pedanterías, que las denuncia y persigue como si se las hubiesen robado a él mismo, conviene ahora preguntarse por la novela.

También la novela narra, pero, ¿cuenta? Se podría decir que sí, pero en un sentido metafórico sólo. Lo verdaderamente sintomático es que la aritmética tiene también otra clase de números, radicalmente distintos de los naturales, que guardan con estos el mismo parentesco que la novela tiene con el cuento. Son los llamados números reales, una de cuyas características básicas que me interesa señalar es ésta: Son densos. Esto quiere decir que entre número real y número real, por muy pegaditos que estén, siempre hay otro en el medio. Entre el 1 y el 2, por ejemplo, que son también números reales, está el uno y medio, el uno y tres cuartos, etc... O, expresado con decimales, que es como verdaderamente se debe expresar un número real, el 1.5, el 1.75, etc... Para contar (en un sentido metafórico) con núme-

ros reales, hay que partir, dividir las cosas que se cuentan: Un libro, un libro y medio, un libro y tres cuartos de libro, etc... Para llegar al libro número dos necesariamente hemos de pegar un brinco, porque la división, el análisis al que nos hemos abocado por usar números reales puede prolongarse hasta el infinito. Uno puede sacar la cantidad de decimales que se quiera. Uno puede perseguir el hilo más sutil. En algunos casos, a partir de algún decimal, comienzan a repetirse. Pero en otros casos no. La descripción de un botón puede ser inagotable.

¿No es esto lo que hace una novela: contar con decimales? ¿No son ya clásicos esos interminables decimales de Joyce? ¡Aquellos brincos de Proust, tanto más obvios por la densidad (en el sentido matemático) de su estilo! Pienso en las 50 páginas que dedica a un viaje en ascensor y en cómo a la muerte de Swan, personaje central del primer tomo de su novela, no le dedica ni una línea. Uno se entera de ello porque lo oye de pasada en un diálogo trivial del tercer tomo.

La división, que es justamente la especialidad de los números reales, es también la del novelista. Claro está, un cuentista también analiza, es decir, divide. Porque también con los números naturales se puede dividir. Pero hasta cierto punto sólo. 6 entre 2 da 3. Pero 3 entre 2 no da nada para quien cuenta sólo con números enteros naturales. Al novelista, en cambio, le da 1.5. Y eso lo puede volver a dividir entre 2, y le da 0.75, etc...

Esto permite establecer un criterio para distinguir entre una novela y un cuento, aun cuando conozcamos sólo una página de cada cual. No se trata, pues, ni del

tema ni del espesor del libro. Se trata de la forma en que se cuenta o narra.

Todo lo anterior podría ser explotado más a fondo. Por ejemplo, el hecho de haber entre el 2 y el 3 ningún número natural pero sí una cantidad infinita de números reales, sugiere señalar este infinito hacia dentro, vertical, en contraposición al horizontal de lo que, puesto en fila, no termina nunca. Todo lo que se ha dicho, pensado y descubierto sobre las dos clases de infinito, el infinito aleph cero de los naturales y el infinito continuo de los reales, podría quizá servir de mirador para ver con más detalle la estructura de esos dos géneros literarios. Sobre todo, y creo que esto es realmente lo que me ha impresionado de la meditación nacida de una frase de Rogelio Sinán y de la lectura de *La Gayola*, **novela** de Justo Arroyo, tengo la sospecha de que se puede rastrear la fuente original de esa necesidad que se manifiesta, por una parte, en dos géneros literarios, y por otra, en dos clases de números.

Muchas cosas más me ha dado que pensar y sentir esta novela que ha escrito Justo Arroyo, y que como novela que es no se la puede contar. Es una verdadera apologética de la vida sin sentido, del amor a las cosas. Porque es el amor a las cosas lo que nos impide tenerlas como signos o letreros mediante los cuales orientar la vida. El suicidio de uno de los personajes, que en el instante de la muerte es tocado por la gracia, porque se convierte en niño, que es como dicen que hay que entrar al cielo, ilustra hasta qué punto esta nueva apologética, esta nueva religión atea, se ha apropiado de todo el erotismo de la religión cristiana, debidamente purgada, por supuesto, de lo que en ella era un elemento puramente

decorativo y superfluo: Dios. Sobre todo ese desprecio, ese absoluto desprecio por el significado que le roba realidad a las cosas convirtiéndolas en meros letreros que señalan curvas, valores occidentales de la cultura y puertas de excusado.

Es una novela tan rica como el lector que la lee, y dentro de la mejor tradición de Proust, Joyce, Kafka y Cortázar.

Dr. José de Jesús Martínez.

para gris

*¿Qué es la vida? ¿Qué es una
vida que no es mía, ni tuya,
ni de un otro cualquiera?*

Unamuno.

La Gayola

Barajas, con la vista, midió la distancia del sofá a la cama, de la cama al catre, de la cama al aparador. Si tengo un pie de elbow room de cada lado, por un proceso de cámara retardada, puedo demorarme un día en caminar treinta pasos. Un día, moviéndome pianísimo, me daría una casa bastante grande: un estate. Barajas escupió. Antes de dos, la saliva se estrelló haciendo un laguito policromo sobre el piso de madera. Si la borro, mientras la borro, aquella cucaracha se perdería bajo el catre en lo que para ella sería un día corriendo. Tiempo y espacio. Yo, por ejemplo, debo caber en este cuarto (como viajaban los judíos) unas mil veces; lo que significa que estoy perdiendo el sobre, el que manoteo desde el catre. Pero, ¿cómo guindar? Bien mirado, tengo más territorio del que necesito.

Marta. En la cama, la vista en 45 grados hacia el televisor, arriba del estante, golpeaba el cigarrillo en el borde del cenicero; el índice regordete, en su arriba-abajo, acusaba un síndrome freudiano que no escapó a Barajas.

El problema son los libros; allí, debajo de la cama y el catre engordan ratas; pero es un espacio. Si Marta accediera a dormir en su lugar, ellos estarían arriba, protegidos. Pero...ya no cabe; habría que meterla como un saco de harina. Además...el amor...no.

El televisor (Desde el valle del alegre, jo, jo, jo). Barajas estudió moverse en cámara lenta (Un jinete en los minutos que él se movería debe haber recorrido tres millas). A medio levantarse, miró a Marta: un 4 fumando y una sonrisa de aceptación para el gigante verde. Un pa-so, o-tro, en-fren-te. El señor le preguntaba a él, Carlos Barajas, si se había afeitado hoy. Le puso en la cara un tarrito de "cold cream", le dijo que era lo mejor para él y que ya se le veía la sombra de las cineo; que saliera corriendo a comprar si no tenía porque en el mundo moderno el hombre elegante es el que triunfa. Marta también le hablaba y le decía que había otros lugares donde él podía pararse (o agacharse), pero no tan amable-refinadamente como el señor de enfrente, que había triunfado por afeitarse con el pomo. Atortugado, Carlos agarró el televisor y lo puso en el piso (En su espacio de corona pueden ir los diccionarios). Marta se medio incorporó de su postura impúdica y derramó cenizas que se mimetizaron con la sábana. Su tono seguía correspondiendo a las palabras.

Más lentamente, Carlos, el veintiónico hijo del señor Barajas en la señora de Barajas el hijo pródigo que a los ocho años ganó una edición de lujo del Rey Midas por buena conducta aprovechamiento excelente asistencia perfecta y que a los trece se masturbaba y fumaba y que a los veintitrés era botado de la Universidad por uso ilegal excesivo y pendejo de marihuana y que a los veintiocho lo insultaba una gorda grasienta en un cuarto tan enorme como el Empire State, tomó impulso; pausadamente (en el mismo lapso etc., etc.) llevó el pie izquierdo (porque además era zurdo) hasta lo más atrás (hasta tocarse las nalgas con el tacón); pero ahora, con rapidez, devolvió de lleno el pie a la pantalla cóncava en el preciso momento que la señorita le confiaba que su secreto iba a estar seguro con Modess. Primero la joven se cuarteó, luego tragó agua, y por último se desvaneció con cajetita y todo.

Silencio. Barajas se miraba la bota con orgullo; no por nada había sido inter izquierdo en su equipo. Marta buscó (en silencio) sus zapatillas, calzóse y fuese, con el lugar-común-blam-portazo. La cafetera vibró un rato tat-tat-tat-tat y se aquietó. Barajas pasó por encima del televisor, le dio vuelta (click) al botoncito de la cafetera y una lucecita roja apareció: el café estaría en cinco minutos.

“No, si lo importante no es morirse”, dijo Semper quemándose con la infusión, “lo grande es el privilegio de saber que el día cinco de enero, a las cinco en punto de la tarde se acabó todo. ¿Te das cuenta que soy un laboratorio andante de altos estudios sicopáticos y diarréuticos? Durante los cinco próximos meses cada intersticio de mi cerebro se va a concentrar en la manchita tan mona que me mostró el halitoso médico del Seguro. Su progreso va a decidir de ahora en adelante hasta la forma como se faja tu mujer”.

Barajas, desde el catre, relamía la taza acariciando los bordes y mirando por encima de ella a Semper. La historia justamente lo acababa de aburrir y pensó que el café había disminuído de sabor. Hacer y tomar café era una de las actividades más importantes en la vida de Barajas. No era sólo sentarse frente al líquido negro y aspirar primero el aroma más grato del mundo, para luego saborear

sin prisa; sino toda la preparación anterior: el paquetito, el agua hasta aquí, los minutos, el aviso del olor y el cuidado de que no subiera. Como la Navidad—pensó—lo divertido es la semana antes.

“Esa vaina”, dijo Semper señalando un cartapacio sucio sobre la cama, “tiene más de tres años; ¡y coño, cada vez me parece más una grandísima bosta! ¿Sabes el cuento del hombre que para matar media humanidad planeó una novela tan interesante sin puntos ni comas para que el lector no respirara y murió revisándola?; pues yo voy a meter una mandarria bajo la cubierta de mi novela para romperle el cráneo a quien me lea. La condenada idea es que no vean personajes, sino a mí, el autor; que el lector, en su casa, me sienta a mí, José Semper, allí delante de él y no muñequitos galimatosos a través de páginas tras páginas”.

“En vez de mandarria”, dijo Barajas bostezando, “podrías poner después de cada tres líneas un retrato tuyo orinando, o mejor, con un dompedro”.

“Sicalipsis y escatología”, dijo Semper, “para eso una fotografía de la metástasis final. O llegarle”, continuó Semper entusiasmado, “a su casa, ponerle un ejemplar en el pecho y pegarle al probable lector con todas las fuerzas en la frente. La sangre todavía es dramática, sabes, si no es de uno”.

“Allí hay un principio de concupiscencia”, dijo Barajas apurando la taza, “tú estás enamorado realmente de todo lector; tu afán de sacudirlos es un deseo de acostarte con ellos, con miles y miles de lectores en el mundo. Tu libro sería una tarjeta de visita”.

“Después de todo, doctor Sigmund”, dijo Semper sonriendo, “con sólo cinco meses de vida, lo único que debe importarme es la proyección de mi libido”.

Los "Beatles" sonaban a sirena nueva. Después de Ringo y Johnny, Paul se unía al grupo y sus voces eran una sola nota larga que traía a la mente gruesos cuellos colorados y venas dilatadas. Yeah, Yeah. Y George, en la guitarra, clara, daba una tregua. Pero una vez más, las voces se unían en sus diferencias; primero en susurro, luego sibilantes. Finalmente el suave cras-cras de la aguja estereofónica y algún lugar del cerebro sabía que el disco paraba, se volteaba y regresaba a su cuna. Dos minutos cuarenta y tres segundos, —pensó Barajas, una mano en el vaso, la vista en Cora— cinco centavos costo, dos onzas menos.

Semper y Lucía regresaron a la mesa, en donde las botellas calientes, negras, de cerveza, presidían. Todavía abrazados, marcaban con los hombros y las manos el compás de la música ausente. Yeah, Yeah. Barajas y Cora fumaban del mismo cigarrillo y tomaban del mismo vaso. (¿O tomaban

del mismo cigarrillo y fumaban del mismo vaso?). Delante, detrás, a los lados, las lucecitas de los cigarrillos guiñaban en la oscuridad; de cuando en cuando, el tintín de los vasos-botellas. La cerveza sabía a zapato viejo, con un sabor que no caía mal a Barajas. Semper trataba de embriagarse, pero la lucidez no lo abandonaba; esto le daba cierta satisfacción, como retener —pensó— un orgasmo. Al sentarse, acomodó el manuscrito bajo sus nalgas.

Primero fue la trompeta, luego se le unieron dos saxos y la voz de Olga Guillot cambió a Cora. Sin Barajas pedirle, ya estaba de pies, jalándolo. Barajas se levantó con dificultad y quedó cerca de su silla. Cora vino a él y sus cuerpos siguieron el “blues” sin ir a ninguna parte. Cora se hundió en el sexo de Barajas y sus brazos le bajaban la cabeza para besarlo. A Barajas le hacía mal en la cintura, pero no le importaba. Apenas mantenía un ligero vaivén de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, mientras que Cora parecía caminar, adelante, a través de él, adelante, a través de él, adelante, a través de él, sin lograrlo. Barajas separó los dedos sobre las nalgas de Cora y las uñas de ésta se hincaron en los hombros de Barajas, manchando la camisa de gotitas de sangre. Así, el sexo inquisitivo de Cora era—pensó

Barajas—un curioso instrumento de tortura cuando la Guillot sostuvo su última nota aguda y toda la banda estallaba detrás de ella. Más allá del final, Barajas y Cora se besaban. Dos minutos cuarenta segundos, cras-cras.

Semper, la mano izquierda girando el vaso, la derecha, bajo la mesa, entre la saya de Lucía, tarareaba el “blues” al terminar Barajas y Cora. Lucía emitía risicas a cada instante que divertían a Semper. Not harlots, tarts—pensó Semper—y le sonrió a Lucía. Barajas se hundió en la silla, un dolor punzante en la espalda y prendió un cigarrillo que le arrebató Cora. “Mierda”, dijo Barajas, y prendió otro.

claro que nunca fue gran cosa, si no hubiera tenido esa cara de hijo no me hubiera acostado con él, y la manera de rogarme, por dios, cómo decirle no a esos ojos enormes que tiene, si una no pone más resistencia la culpa es de ellos, creen que están conquistando, logrando y nosotras somos las que esperamos, pensaría que en cinco años ya debería estar cansada de él, jum, como él lo está de mí, pero, por dios, cómo he engordado, haré la comida distinta, él no se dará cuenta, pero tampoco se dará cuenta si adelgazo, si no estoy, si me muero, y si no regreso, podría considerar las proposiciones de wai soo, jum, eso sí le dolería, después de él, amante de un chino, pero tendría estómago para el viejo ese, qué importa, después será fácil, además, verlo sufrir, sufrir

tiene dos semanas que no me toca, me odia, lo sé, la próxima vez no será al televisor, será a mí, y

todavía no lo hemos pagado, mañana miraré a wai soo distinto, una debe ver por una misma, pronto estaré en los treinta y qué me quedará de él, no quería casarse, no lo obligué, no quería hijos, no los tenemos, ahora haré su último deseo, dejarlo, que se vaya muriendo, poco a poco, sucio y hediondo.....

cuando empezamos sí me quería bien, cómo le gustaba verme desnuda, qué lindo cuerpo tenía, en el día eran tres, cuatro, después, ahora.....

debo apresurarme para no llegar tan mojada, maldita lluvia, no debí salir sin paraguas, pero cómo pensar después de lo que hizo, estará en casa, seguramente estará semper con él, ni se darán cuenta cuando llegue, sólo hablan y hablan de lo que no entiendo, no recuerdo haber hablado dos veces con semper, me hace sentir extraña en mi casa, sólo le habla a carlos y a mí ni me mira, la culpa es de carlos, no me da ninguna importancia, ni las gracias me da ese semper cuando le preparo café, pero todo va a cambiar, ya verán los dos, ay, un charco, debo tener cuidado, uy, estoy hecha una sopa, no debí irme tan lejos de casa, no tengo un centavo para el bus, haré un té caliente cuando llegue y me frotaré alcohol, a él no le gusta el olor pero mucho que me importa.....

faltan tres cuadras, dios mío, mejor espero que escampe, pero aquí, en esta esquina, creerán que estoy pescando, mejor sigo, voy a coger una pulmonía, eso le gustaría a él, así estaría libre.....

ja ja, mamá por poco se muere cuando le preguntó a carlos, cuáles son en definitiva sus planes con mi hija, caballero y carlos, acostarme, señora, acostarme con su hija lo más pronto posible, dios mío, entonces supe que lo iba a querer toda la vida.....

baratillo de zapatos, con un esfuerzo podría venir la semana entrante, con wai soo no habría ese problema, tengo el vestido pegado a la piel, esos chiquillos me miran como a una puta, debí usar faja hoy, siento que las carnes me tiemblan, al fin, la casa, estoy chorreando.....

Barajas sacó cuatro billetes ajados y los puso en el mostrador. El viejo los tomó mientras le ponía delante un registro enorme. Cora, en una esquina, paseaba la vista sobre unos cuadros con escenas de animales. Con letra clara y deliberada, Barajas escribió:

Nombre: José Semper

Edad : 28 años

Profesión: Ninguna.

El viejo, después del registro de Barajas, separó una llave de la pared y salió de su cubil. Barajas y Cora, abrazados, lo siguieron a través del pasillo. En la puerta, el viejo levantó la cabeza para cerciorarse del número; giró la llave con dificultad, metió medio cuerpo dentro del cuarto, encendió la luz, inspeccionó unos segundos, y los dejó. Cora entró de primero, tarareando algo sin sentido.

Barajas se sentó al borde de la cama y prendió un cigarrillo. Enfrente de él, en la única silla del cuarto, Cora empezó a desvestirse. Barajas se desnudó en segundos y se acostó largo en la cama. Coqueta, Cora lo llamó, se puso de espaldas y le pidió ayudarla con el zip. Barajas apagó el cigarrillo y, de un jalón, dejó al descubierto una espalda de bronce, filena. Estudiadamente, Cora, después del vestido, continuó con las medias. Unas piernas largas, muy largas, pero diabólicamente bien formadas, se resistían a quedar desnudas. Barajas, en la cama, sonreía imperceptiblemente al presentir los primeros signos de su potencia. Con el bra, Cora tiró el último refugio de su pudor sobre la silla y apagó la luz. "Enciéndela", ordenó en seguida la voz de Barajas. Con un encogimiento de hombros, Cora iluminó nuevamente el cuarto y se acostó al lado de Barajas. Barajas, apoyado en un brazo, dejó rodar la vista sobre el cuerpo de Cora con una fijeza que la soflamó. Algo en ella se rebelaba a este escrutinio y cerró los ojos; a la vez, entreabrió los labios y dos dientes finitos asomaron por ellos. Barajas la besó largamente en la boca.

Sobre Cora, Barajas le hacía sentir todo el peso de su cuerpo, el sexo rígido y exacto sobre el sexo de Cora. Apoyado en los codos, tomó la cabeza de Cora y buscó su lengua. Luego, de lado, succionó su seno izquierdo, mientras su mano derecha recorría con precisión las partes vulnerables de

Cora. El sudor había pegado unos mechones en la frente de Cora y la serenidad de la cara, en donde había, no obstante, un leve rictus, contrastaba con los primeros espasmos de sus caderas. Los dedos largos de Barajas insistían; su boca pasaba alternativamente del seno izquierdo de Cora al derecho. Al fin, el premio a su pericia, las perlas líquidas deslizándose entre sus dedos, Barajas la cubrió enteramente. Matemáticamente, Barajas se introdujo en Cora mientras su lengua buscaba su oído. Sus cuerpos empezaron entonces ondulaciones que se sincronizaban en su desigualdad. Barajas empezó a medir el tiempo y a apartarse mentalmente de lo que hacía. Su concentración estaba ahora en otra parte; en un libro que había leído en preparatoria. Su memoria ya iba a localizar el año exacto cuando le pareció oír una voz debajo de él. "Sea", oyó. Prestó atención y ahora sí, más fuertemente, oyó a Cora decir: "Maldita sea, Carlos". Y, bruscamente, Cora lo tumbó de sobre ella. Barajas se tendió a su lado respirando con dificultad, el brazo izquierdo en un arco sobre los ojos para protegerse de la luz. Cora le llegaba claramente: "¡Así no, Carlos, así no; por lo menos puedes hablarme, decirme una mentira, pero hablarme! ¡Eres una máquina insensible, pero yo no! ¡Todo lo que has hecho está bien, demasiado bien; ese es el problema! ¡Ni siquiera mi nombre has dicho en ningún momento; yo no soy un animal, Carlos, no soy un animal!

Cora se sentó en el borde de la cama y metió la cabeza en las manos; su cabello, largo, se separó en la nuca y cubrió sus senos. A Barajas la luz le hacía mal en los ojos y pensó por un momento dormir. Le iba a pedir a Cora que apagara la luz al salir cuando nuevamente se fijó en la curva acabada de la espalda de Cora. Entonces, delicadamente, Barajas la volvió a su posición anterior y le cubrió la cara de besos.

"Así no, Carlos", seguía Cora, débilmente, "así no".

"Te quiero, Cora", dijo la voz de Barajas, "Te quiero", repitió una vez más la voz.

El libro era *La Divina Comedia* y había un Canto en que alguien le estaba comiendo la cabeza a alguien. ¡El nombre, el nombre! Era un Príncipe que...No. Era un Duque que...No. Era un Conde que... ¡claro!, un Conde. Y el Conde se llamaba Babiero, Moniero. El año había sido en 1954 cuando Dante era un desgraciado miope que la boca le hedía cuando leía en clase. En el *mezzo* del camino a Dante la boca le hiede y la ropa le apesta a alcanfor.

Ruggiero, Ruggiero, ya está!!!

"Te quiero", dijo la voz de Barajas, "te quiero, Cora".

“Maricón”, le dijo Lucía a Semper y subió las escaleras. Semper sentía ganas de orinar y, con cautela, roció cabalmente los tres primeros escalones por donde había subido Lucía. Aliviado, se dirigió a la esquina a esperar el bus. La lluvia. Los autos, niños, levantaban pequeñas olas de los charcos que lo calaban hasta la médula. Semper, después de recibir el agua de un charco, se iba cerca de otro. Al aproximarse su camión, miró fijamente las enormes ruedas y la cara de cansancio del conductor. Subió. Algo le dijo el conductor cuando entró. Semper, sin notarlo, se dejó caer al lado de una señora que se apartó hacia el rincón del asiento. El conductor, el bus detenido, le decía de su ropa, del agua, del asiento, y Semper se bajó.

Comenzó a caminar rumbo a su casa, por el medio de la calle, el manuscrito guiándole de la mano, como un vademécum. De los autos que pasaban oía gritos y risas. La lluvia era un fenómeno

nuevo visto con los ojos mojados. Las gotitas sobre los párpados tenían los colores de los anuncios de neón. Con esta diversión, caminó tres cuabras. Al doblar hacia la casa donde vivía, se apartó de la calle y se guareció. Su rumbo era ahora por calle-citas estrechas y oscuras. Las prostitutas, corridas por la lluvia, habían abandonado las aceras, y, por las ventanas, sus rostros espectrales, le recordaron a Semper las sirenas de Ulises. Le dio rabia la comparación y apresuró el paso.

En la escalera oscura de su casa, una combinación gigante de excrementos y semen lo saludó con su olor. Hondamente, Semper inhaló tres veces y subió los cuatro pisos hasta su cuarto. La puerta, servil, se plegó con un chirrido al empujarla. "Cobarde", Semper se oyó decirle.

Semper tiró el cartapacio mojado sobre su mesita de trabajo y encendió la luz. Quitó y dejó sus ropas chorreantes en el piso y se acostó en el catre. Por la ventana le llegaban, mezclados, gritos y jazz. De un salto se paró, fue a la mesita y abrió el cartapacio. "*La gayola*", le dijo la primera página, "novela, por José Semper". Y más abajo, "Para Carlos Barajas".

Hojeó con delicadeza las tres primeras páginas cuando un dolor firme en el pecho le hizo apretar las dos páginas siguientes. Su mano mojada

emborrónó algunas palabras y dejó el cartapacio sobre la mesita. Al llegar la disnea, se sentó y esperó, la cabeza hacia atrás, los brazos inertes a ambos lados de la silla. Al pasar, abrió el cartapacio y levantó la pluma. De cuando en cuando, la pasaba sobre lo escrito, agregando, rayando. A veces, al pensar, se veía a él viéndose y entonces la pluma quedaba quieta graves momentos. Uno de éstos, el de ahora, pensó en Barajas, allá con Cora. Y en Lucía. Si hubiera sido madre—se dijo—si hubiera parido alguna vez.

“Pero una mujer con cuatro hijos”.—¿recordó? ¿oyó?—la voz de Barajas. “Y ninguno es tuyo; eres un alienado con delirio de conejo. Tú le harás, por supuesto, dos o tres más y los nueve de ustedes serán un solo amasijo mefítico en cuyo centro el más feliz serás tú”.

Barajas le hablaba de Bertha y Semper se escuchó otra vez explicándole: “Es el olor de madre, comprendes?. La mostaza de su leche, que de sus senos, a través del bra, el vestido, me golpca las narices, es para mí la sensualidad creativa. No funciona tan bien ni cuando el celo despierta en la virgen esos sus miles de olores, como el caliente del sexo, ese que deberían embotellar y vender. Te digo algo: en cada encuentro con Bertha me baño antes, fuerte, duramente, para acercármele, respirarla hondo y filtrarme de su olor a leche; que se

me pegue en los brazos, en el cuello, en el pelo. No sabes cómo lucho para que no use perfume. Una vez, te voy a contar, estábamos con su niña, la más pequeña, a la que le da el seno. Ella la cargaba y la besaba; y la niña la vomitó. Yo la limpié, te digo, yo. Y al olerta a Bertha, mil veces intensificada a través del vómito agrio de su niña, algo en mí reventó. La besé llorando y ella se reía y se dejaba hacer, llamándome loco.

Hoy, Carlos, al beber leche, cuando el vaso se inclina y el líquido se va perdiendo, perdiendo en *glug-glus* dentro de mí, la mirada se me va y duro así, uno, dos, tres minutos. ¿Comprendes, Carlos?

La risa en la cantina le contestó que Barajas no estaba y que no comprendía.

“Coño”, dijo Semper al concentrarse nuevamente en su cartapacio. Su propósito era leer lo escrito como lo haría un extraño. La autocrítica lo confundía y vacilaba antes de tocar aquello que estaba expreso y que en ocasiones le parecía flojo. El primero soy yo—se dijo—el segundo es el otro. ¿O es al revés? ¡Al diablo con Sartre!

En varias páginas, la huella de alguna borrachera se notaba en el trazo incierto que había hecho su mano al dibujar las palabras. Sonrió. Aquello.

lo escrito bajo el alcohol, lo dejaba intacto y pasaba con prisa donde su pulso era sereno. Su crítica iba siendo cada vez menos exigente, hasta que se vio con la última página. Al final, puso tres puntos suspensivos y cerró el cartapacio. Colocó encima del cartapacio la pluma y descansó unos minutos, la cabeza en las manos, los codos en la mesita. Lo sabía—se dijo—te gusta el tiempo.

Echó la silla hacia atrás y caminó al servicio. Con la luz, el espejo, sobre el lavamanos, le devolvió una cara perfecta, amarilla, bordeada por gruesos y largos cabellos negrísimos. Oyó el ras-ras que produjo esa cara al sobarla su mano izquierda, escrutando la barba que empezaba. Su mano derecha abrió el botiquín y extrajo la barbera. La cuchilla era vieja y Semper presintió el ardor. La sacó. Echó agua sobre la hoja y algunos pelitos se desprendieron escapándose por el orificio. Otros, fieles, se adhirieron a la losa. Estaba seguro. Sin embargo, extrañado, vio cómo sus dos manos insertaban la hoja nuevamente en su lugar, le mojaban la cara y empezaban a afeitarlo, sin jabón. Al terminar, Semper se contempló como por primera vez; levantó la piel buscando raíces y, satisfecho, tiró la barbera al basurero.

En una percha, sobre la puerta del servicio, Semper colgó sus ropas. Buscó en los bolsillos y sus dedos extrajeron algunas monedas. Frías, las

sobó unos segundos hasta pasarles su calor. Las
tiró sobre el catre y algunas, no aceptando, rodaron
al piso, observándolo finalmente desde un rincón

empezaron a gritarle en un español quebrado. Oyó claramente su nombre varias veces. Recordó que siempre le agradó oírse llamar por su nombre; que prestaba doble atención cuando alguien, al hablarle, decía: "José", primero. Vio, no sin cierto deleite, que su cuerpo recibía algunos rayos del anuncio luminoso. Soltó los cercos y se extrañó de la firmeza de sus pies sobre el quicio. Al mismo tiempo, un pequeño dolor en las plantas le hizo acomodarse mejor. Se agachó un poco más y notó que se estaba debilitando. El corazón le aceleró algo y trajo los brazos hacia adelante. Con ambos pies, Semper presionó contra el quicio, tomando impulso, y saltó.

En el aire, al nivel de la ventana, comprobó que pasaría el auto fácilmente y que su destino era, más o menos, el centro de la calle.

A ver jovencito digame el verbo en las montañas son verdes montañas maestra si conjugue el verbo montaña yo montaña tu montaña el montaña ja ja ese siempre fue un buen chiste de papa pero joven semper usted no puede decirme cual es el complemento directo de esta oración no señorita pero yo se en que forma complementarla directamente a usted al director al director y semper lo castigaron y semper lo castigaron el mar berthha el mar me fascina me domina siempre en el mar berthha tu y la sal y yo y los besos y tu sabes a hot dog y yo a mani en el mar berthha el kama sutra lo dice tienes pena berthha seremos un amasijo mefitico con carlos y cora y lucia y marta y nuestros siete hijos porque hay dios barajas carlos hijo de la gran puta y la mierda es la prueba de que existe y se rie de nosotros.

Pasado el primer piso, Semper vio cómo las vedijas, negras, crecían en tamaño. El jazz había parado y el silencio era claro. Los ojos blancos tenían ya solamente curiosidad; como si de repente —pensó— Dios hubiera mandado otra vez el Mesías de los cielos, pero sin túnica y más flaco y le estuvieran preguntando con la mirada: “a ver si es cierto”.

La cabeza de Semper los dejó y buscó la calle. Esta le subía espantosamente veloz y Semper contrajo todos sus músculos, los ojos abiertos y...! sí, allí estaba! el reflejo de su cuerpo desnudo en el negro —¿o era plateado?— y húmedo pavimento.

—Sí, mi Teniente, está claro; se trata de suicidio.

Mire Usted, un cáncer pulmonar, y tan joven.

Es un caso cerrado.

—¡Pero en esa forma! Hemos tenido que buscar pedacitos hasta en el desagüe.

—Je je. Cobardía, Teniente. Ya la juventud no es la de antes; no tiene agallas.

—¿Se tiraría Usted, Sargento?

—Nunca, Teniente; el valor moral del dolor. Es decir, hay que ser hombre para sufrir.

—¿Y para saltar, Sargento?

—Dios da y Dios quita, Teniente.

—¿Terminaron ya con el amigo?

—Sí, mi Teniente; lo confirmó también: el suicida sufría de cáncer pulmonar. El informe será incontrovertible.

—Entonces que se vaya y cítele para esta tarde; no lo soporto.

—El manuscrito, ¿se lo deja llevar?

—Sí; era para él y no cambia en nada las cosas. Una novela, ¡qué imbecilidad!

Barajas salió del cuarto de Semper con el manuscrito bajo el brazo. En la puerta, miró las espaldas de los policías, la mesita, y el catre en el cual él, Barajas, había pasado tantas noches; miró la ventana abierta y las primeras luces del día. En la escalera, bostezó vulgarmente. Los párpados empezaban a cerrársele y se restregó los ojos fuertemente.

Abajo, los ojos trasnochados, la tenue claridad lo hirió. En la calle, pequeños grupos señalaban, ya el pavimento, ya el cuarto de Semper. Barajas dio la espalda a los grupos y respiró, sensual, el delicado aire nuevo. La ciudad empezaba a

revivir y Barajas apresuró el paso hacia su casa. En un bodegón, gastó sus últimos centavos en una bolsa caliente; la envolvió con el manuscrito y el aceite se abrió en algunas páginas. El olor de las frituras-manuscrito le agitó la boca.

Empujó la puerta. El cuarto, claro ya, se llenó del olor de su bolsa. Oyó la no respiración de Marta y se dijo que estaba despierta en la cama. Marta, cubierta con una sábana blanca, se movió levemente. Barajas buscó un plato, puso en él su desayuno y el manuscrito de Semper sobre una mesita. Calentó los residuos de la cafetera y llenó una taza. Con la mano derecha empezó a comer un pedazo de yuca y con la izquierda desabotonó su camisa. El trozo de yuca desapareció cuando Barajas, el pecho descubierto, atacó los pantalones. En calzoncillos, buscó un pedazo de puerco y lo bajó con pequeños sorbos de café. Su mano zurda buscaba una costilla de cerdo cuando el cartapacio de Semper llamó su atención. Se sentó en un taburete, colocó el manuscrito sobre sus piernas, mordió un pedazo de costilla, abrió el manuscrito y empezó a hojear. Su vista pasaba de la costilla a las páginas de Semper. En la página diez, Barajas terminó la costilla, midió el basurero y el tuc del hueso contra la lata movió otra vez a Marta. Se limpió los dedos con los bordes de las páginas once y doce y en la página trece abrió los ojos y leyó:

“Un cuarto y sus cosas son como una esposa. Hay en él algo de boca hambrienta que pide labios, que succiona hasta hacernos participar de él. Las cosas de un cuarto nos invitan a tomar posesión de ellas. Y su reto es claro cuando las vemos allí, delante de nosotros. Es gravísimo el momento cuando, después del girar de la llave y el pausado semicírculo de la puerta nos detenemos en el umbral y las cosas nos miran. Ellas están allí: el sofá, la cama, el catre, los libros; ellas nos han estado esperando y nosotros cumplimos. Ahora tiramos el cartapacio en la silla, la corbata y la camisa en el catre y nos sentamos—! nos sentamos!—en el sofá. Es el momento en que empiezan a hablar, a exigirnos, a sobarnos. Y cuando partimos, la última mirada al cuarto antes de dejarlo solo, el horroroso vacío que grita el monstruo en reproche es su última venganza a nuestra infidelidad. ¿Podría jurarse que, con el portazo definitivo, las cosas no planean entre ellas modos, fórmulas y engaños para nuestro retorno?”.

Primero Barajas abrió más los ojos; segundo los agudizó; tercero juntó las cejas y, cuarto, miró con atención los signos que había hecho la pluma en la mano de Semper. (Marta, con el pie izquierdo, bajó la sábana para cubrirse el derecho: ojos cerrados, de lado, seno izquierdo, rosado, marca de bra.) Barajas se paró; dio tres pasos largos y levanta-

tó el cubo de basura. Volvió a su taburete y colocó el basurero en el piso, entre los pies. Cuidadosamente arrancó la primera página y la rompió en cuantos pedazos pudo:

yo	la	Jos	per
		ga	
nov	el	por	
Bar	Sem		
		pa	la
	Car		
			a jas
	e		
La	los	ra	

Prosiguió a hacer lo mismo con el resto de las páginas procurando que los segmentos no cayeran al piso. Al finalizar, (Marta: decúbito supino) dos pulgadas separaban al picado-papel del borde del cubito. Barajas hundió con la carpeta el papel, presionando con las dos manos; se paró, y su pie izquierdo terminó la operación. Se agachó, llevó el cubito a su rincón y hostezó. El cansancio, total, le pegó de repente. (Marta, los ojos aún cerrados, bajó la sábana tres centímetros debajo de su

omblico.) Barajas maldijo mentalmente. Caminó hacia la cama, miró a Marta con atención unos segundos y se desnudó completamente. Se metió debajo de la sábana, al lado de Marta y la odió con todo su ser. Luego, de lado, buscó con su lengua el oído de Marta, mientras que sus dedos largos...